

GUILLERMO FELIU CRUZ

**SAN MARTIN Y LA CAMPAÑA
LIBERTADORA DEL PERU**

(Un Documento del General don Francisco
Antonio Pinto)

IMPRENTA UNIVERSITARIA

1951

GUILLERMO FELIU CRUZ

**SAN MARTIN Y LA CAMPAÑA
LIBERTADORA DEL PERU**

(Un Documento del General don Francisco
Antonio Pinto)

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA
A. ALESSANDRI P. 63
1951

I

ORIGEN DEL DOCUMENTO

La ley orgánica de la Universidad de Chile del 19 de noviembre de 1842, disponía en su artículo 28 que en la reunión anual del claustro pleno de la corporación, un día antes del aniversario nacional, se leyera «un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la Historia de Chile, apoyando los pormenores en documentos auténticos y desenvolviendo su carácter con imparcialidad y verdad», discurso que debía ser pronunciado por un miembro del cuerpo designado por el Rector. De esos discursos nacieron las memorias históricas universitarias, que don Andrés Bello tan empeñosamente fomentó, para que se escribiera un cuadro bien documentado de la historia de la independencia y de la formación de la república. Agrupadas esas memorias en un orden cronológico, ellas relatan los sucesos corridos desde las postrimerías del régimen colonial hasta el momento en que el país se rige por la Constitución de 1828. La historia militar tuvo en esos ensayos una parte considerable. A don Salvador Sanfuentes le correspondió tratar en la memoria presentada en 1850 con el título *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipú*, el agitado período que corre desde 1817 hasta 1818; a don

Antonio García Reyes, en la que lleva por título *Primera Escuadra Nacional*, leída en 1846, las operaciones navales desde 1810 hasta 1823; a don Domingo Santa María en la suya intitulada *Sucesos históricos ocurridos desde la caída de don Bernardo O'Higgins en 1823 hasta la promulgación de la constitución dictada en el mismo año*, le tocó relatar en 1857, una parte de la historia de la expedición militar chilena, para contribuir a la independencia del Perú, dirigida por el general don José María Benavente; y por último, don Benjamín Vicuña Mackenna debería, en 1868, narrar ese episodio dramático y trágico de *La guerra a muerte*, que corre desde 1819 hasta 1824.

Esas memorias históricas cuentan sucintamente los esfuerzos de Chile para afianzar la independencia de América, al llevar las fuerzas chilenas-argentinas al Virreinato del Perú, y poner término allí, en ese baluarte, a la guerra de la emancipación. Entre la memoria de Sanfuentes y la de don Domingo Santa María, quedaba un período sin referir menudamente: era la historia de la Expedición Libertadora y la del Ejército Libertador chileno en las campañas del Perú, la escuadra al mando de Lord Cochrane y el ejército a las órdenes de San Martín y sus restos a las de Bolívar. En 1853, el Rector de la Universidad confió la redacción de esa memoria al miembro de la facultad de Filosofía y Humanidades, don Alejandro Reyes Cotapos.

El autor a quien se había encomendado la redacción de ese período de la historia nacional había nacido en Santiago en 1825. Había hecho sus estudios en el Instituto Nacional, y recibídose de abogado a los 20 años. En 1852, el gobierno de don Manuel Montt lo designaba miembro de aquella Facultad y con tal motivo su discurso de incorporación versó sobre la historia constitucional de la República. «Ni la educación que he recibido en mis primeros años, ni el rumbo que forzosamente tomaron más tarde mis estudios, han familiarizado mi inteligencia con los ramos del saber cuyo cultivo os ha encomendado la ley», dijo entonces. «He aquí por qué, —agregó,— no he podido confeccionar un discurso en que el tema sea digno de vuestra ilustración. Deseando, sin embargo, prescindir de toda vanidad literaria y contribuir en algo al

progreso de los trabajos de que la Universidad está encargada, vengo a ocupar mi asiento pidiéndoos me acompañéis en una rápida incursión en el vasto campo de nuestra historia, desde la existencia de la República» (1).

Esa incursión por la historia de la existencia de la República escrita por Reyes, hoy no presenta ningún interés al lector, ni rinde tampoco ningún provecho al investigador. Apenas puede servir para estudiar las ideas y doctrinas políticas de un hombre que, como diputado, ministro de Estado, senador, diplomático, magistrado y economista, ejerció alguna influencia en determinados momentos de la vida nacional. Su estudio fué dividido en cuatro capítulos: I. Nacimiento de la República: 1810-1817. II. Restauración: 1818-1823. III. Desde la caída de O'Higgins hasta el gobierno de Ovalle: 1823-1830. IV. Organización de la república: 1831-1850. De todos los capítulos que componen su discurso, el mejor trabajado, en el que el autor revela su criterio de historiador político,—y el suyo fué muy variable dentro del credo liberal,—el mejor es el consagrado a la organización de la república.

La profesión de abogado y las inquietudes de una existencia política intensa, debían alejar a Reyes de los estudios históricos a los cuales sólo pudo consagrar escasos momentos. Antes de su incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades, que lo vinculaba definitivamente a la Universidad, Reyes había comenzado su carrera pública en 1851 como Secretario y procurador de la Municipalidad de Santiago, y al año siguiente entraba por primera vez a la Cámara de Diputados. Desempeñaba esas funciones, cuando recibió la orden de Bello de escribir la memoria sobre la historia del ejército chileno en el Perú desde 1820 hasta 1824. Al estudio de ese interesante período Reyes le consagró el mayor tiempo que pudo, desatendiendo para ello sus tareas profesionales y las que le ocupaban los quehaceres políticos. En la sesión del Consejo Universitario del 9 de septiembre de 1854, se daba cuenta de una carta de Reyes, «encargado de la memoria histórica que debe leerse en la próxima función universitaria de la Universidad», para que se cancelaran a un amanuense que

(1) *Anales de la Universidad*, año 1852, pág. 335.

la corporación había puesto a su disposición, los honorarios a que tenía derecho por copias que le había hecho tomar en los archivos de los ministerios del Interior y de Guerra. En otra ocasión, solicitaba se le designara otro escribiente para que le copiase cartas muy interesantes de Zenteno, Benavente, Borgoño, Campino, Latapiat, Cruz, Bustamente y Gana, que debían servirle para escribir su historia. En una nota dirigida al Rector, don Andrés Bello, el 4 de abril de 1854, le daba cuenta de sus investigaciones y le decía: «Los muchos papeles que me han proporcionado los señores Barros Arana y Vicuña Mackenna, como los interesantes consejos e indicaciones con que me han ayudado en mi trabajo, si es cierto que representan lo más interesante que tendré que decir en mi memoria, no puedo dejar hacer presente a Ud. que por mi parte he juntado un número de documentos tan apreciables, que darán a la memoria un carácter absolutamente nuevo, porque hasta los más entendidos en la materia les desconocían. Pero para aprovecharlos es necesario que un nuevo amanuense me ayude en su copia y en su extracto».

Reyes no se contentó sólo con acopiar los documentos públicos y privados que pudo conseguir en sus afanes de historiador. Consideró que tenía una fuente preciosa que consultar, y esa era la de los testigos de los sucesos que iba a narrar. Sabemos que el general Las Heras le proporcionó una copia de un relato que había escrito para el general Bartolomé Mitre en 1849, de los hechos de que fué actor en el Perú en 1821 y 1822, que ese historiador cita en su *Historia de San Martín y de la emancipación Sud Americana (Obras Completas, vol. III, pág. 523)*, relato más completo que el que entonces diera al historiador argentino, «porque el general Las Heras—dice Reyes—pudo particularizarlo en sus detalles y en los puntos precisos que le indiqué».

Estamos en conocimiento también que el general don José Francisco Gana le proporcionó unas largas apuntaciones bien pormenorizadas de lo que hizo el ejército chileno en el Perú y el género de relaciones que mantuvo con Bolívar; que don Francisco de Paula Latapiat, conversó con Reyes en largas sesiones y que fué sometido a prolijas interrogaciones, y así fué formando, con el testimonio de esos actores vivos, un ar-

senal de informaciones verbales que, junto con los documentales, debían dar a su memoria histórica, un verdadero valor.

De todas aquellas informaciones verbales recibidas por Reyes, una sola ha llegado a nosotros hasta ahora. Es la que el historiador universitario obtuvo en una entrevista con el ex Presidente de Chile en 1828, con el nombre de «Contestaciones dadas por el general don Francisco Antonio Pinto a algunas preguntas sobre los sucesos de la campaña Libertadora del Perú». El carácter de interrogatorio a que Reyes sometió a Pinto, revela que aquél había hecho un estudio serio y profundo de los sucesos que se proponía escribir acerca de la historia del ejército chileno en el Perú, desde 1820 hasta 1824. La misma impresión se desprende del discurso de introducción a su memoria histórica leída por Reyes «el domingo 10 de diciembre en la sesión que tuvo lugar la función aniversario de la Universidad, presidida por el señor Patrono, acompañado de los empleados civiles y militares», y en el cual esbozó el tema que se había propuesto desarrollar. Las notas que ilustran el discurso, como prueba de las afirmaciones contenidas en el texto, nos indican los materiales en que se había documentado.

De las fuentes de origen español, cita a Mariano Torrente, *Historia de la Revolución Hispanoamericana* y a Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas españolas en el Perú*; de las americanas, a Lucas Alamán, *Historia de México*; a José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, y a Alejandro Magariños y Cervantes, *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*; de las chilenas, a Diego Barros Arana, *Estudios históricos sobre Vicente Benavides* y a Miguel Luis Amunátegui, *La Dictadura de O'Higgins*. Un precioso arsenal de noticias para Reyes fueron las *Memorias* del general Guillermo Miller al servicio de la república del Perú, traducidas al castellano por el general Torrijos. De los archivos revisados, Reyes deja constancia de haber compulsado prolijamente el del Ministerio de la Guerra, especialmente los volúmenes sobre la Expedición Libertadora y sobre el Ejército Libertador.

Todo el material acumulado por Reyes quedó sin aprove-

chase. Entre 1853 y 1854, las cuestiones de orden político y su consagración a las labores de la Cámara de Diputados, para la cual había sido elegido miembro en 1854, lo distrajerón de la redacción de la memoria histórica que la Universidad le había confiado, y lo único que escribió fué el discurso a que nos hemos referido y que se encuentra publicado en los *Anales* de esa corporación, año 1854, págs. 426-434.

Treinta y tres años más tarde, el mismo tema, el mismo asunto que se había propuesto desarrollar don Alejandro Reyes, era estudiado en forma brillante por el historiador don Gonzalo Bulnes, en el libro intitulado *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*, 2 vols. Santiago, 1887-1888, y en otro, natural complemento de aquél, *Ultimas campañas de la Independencia del Perú*, Santiago, 1897. A don Diego Barros Arana le había correspondido narrar esos mismos acontecimientos en forma magistral en la *Historia General de Chile*, Tomos XIII y XIV, Santiago, 1894 y 1897.

II

EL TESTIMONIO DE PINTO Y SU PERSONALIDAD MORAL

La lectura de las comunicaciones, tanto oficiales como privadas, que Pinto dirigió al Gobierno de Chile y a su amigo el general O'Higgins, sobre la situación política del Perú, desde que San Martín se constituyó en Protector del nuevo Estado, hasta que abandonó ese país, como también sobre la desmedrada situación en que quedó el ejército chileno en el conjunto de los cuerpos militares argentinos, colombianos y peruanos, debieron revelar a Reyes que el general Pinto se encontraba en condiciones excepcionales para informar acerca de ese período complejo de la revolución americana, en que San Martín, de conquistador activo de un pueblo, se convierte en un pasivo soldado, y deja rehacerse el ejército español. Los oficios de Pinto, dentro del frío carácter de la redacción oficial, demuestran a un agudo observador de los hechos políticos que condicionaron las vicisitudes de las campañas militares del Ejército Libertador. Llegó a Lima a ponerse a las órdenes del general San Martín, por resolución del Director

Supremo O'Higgins, pocos días después de la entrada de aquél en esa ciudad, suceso que ocurrió el 12 de julio de 1821. El 28, asistió a la proclamación de la independencia, y poco más tarde se le entregó el mando del batallón núm. 5 de infantería, cuerpo que había estado desde su desembarco en Pisco, a las órdenes del coronel don Enrique Campino y, posteriormente, hasta la llegada de Pinto, a las del oficial argentino don Miguel de Latamendi.

Desde ese momento comienza para Pinto una nueva actuación militar en la guerra de la independencia americana, y que se desarrolla en un segundo plano, que no guarda relación ni con su capacidad de hombre civil—era abogado—, ni con los antecedentes que prestigiaban su nombre como soldado en el ejército argentino en que había servido a las órdenes de Belgrano, como segundo jefe, en las largas y tediosas campañas de Tucumán, para derrotar las fuerzas españolas en el Alto Perú. En las acciones en que ahora va a actuar al frente de la división chilena, no es tanto la preterición sistemática en los grandes cargos directivos lo que impacienta su espíritu y angustia su dignidad, porque jamás cruzó por su mente una ambición desmedida ni un afán de notoriedad, como el rol verdaderamente vejatorio en que quedan sus soldados, la forma en que se arrincona la bandera de las fuerzas que comanda, y las humillaciones que está obligado a tolerar en resguardo, primero, de un alto concepto de disciplina militar y, después, por una sana noción del ideal americanista que representa en el juego de la independencia del Perú, que es, precisamente, la del continente meridional. En sus comunicaciones y en sus cartas al Director Supremo O'Higgins y al Ministro de la Guerra José Ignacio Zenteno, como en la correspondencia a sus amigos personales, el general Pinto ha referido, con gran nobleza de alma, la desgarradora situación moral, militar y de prestigio, a que quedó reducido el esfuerzo verdaderamente sobrehumano de Chile, ensombrecido por las ambiciones de jefes de otras naciones hermanas, al poner sus fuerzas al servicio de la independencia del Perú, y no otorgarles el Director Supremo de Chile el rango que les correspondía como elementos de un Estado soberano.

En ese plano secundario en que debió desarrollar su acción

militar, adquirió Pinto notoriedad por su preparación militar, por su sentido político y por la seriedad de su carácter. A las órdenes de otros jefes, ya como comandante de su batallón, ya como jefe de Estado Mayor, ya, en fin, como soldado superior de las fuerzas chilenas, Pinto no conquistó los laureles de la victoria. Un sino desgraciado pareció arrebatarse esos laureles, porque siempre las acciones militares en que se encontró no fueron culminadas con éxitos militares rotundos. Tomó parte, por ejemplo, en el bloqueo terrestre del Callao, cuando esta plaza era también estrechada por las fuerzas navales de Chile, y dirigió sus tropas en el frustrado golpe de mano del 14 de agosto de 1821. A su hoja de servicios esa acción agregó una más que careció de gloria. Pero el Protector San Martín se la compensó con una designación honorífica nombrándolo Benemérito de la Orden del Sol, en septiembre del mismo año.

Gracias a sus instancias, en las que revelaba la inconfortable condición del ejército chileno en el Perú, el Mariscal Luis de la Cruz fué nombrado general en jefe de la división. No pudiendo de la Cruz abandonar su cargo de Comisario General de Marina de las fuerzas nacionales en Valparaíso, que atendía a todo lo que ellas necesitaban en el suelo extranjero, Pinto recibió el nombramiento de comandarlas en el mismo rango. Del aprecio, de la consideración y respeto que de Pinto tuvieron sus compañeros de armas en esos días en que la envidia, la ambición y la emulación corroían a los hombres que labraban la independencia de América, hay un testimonio que lo engrandece. El Gobierno del Perú decretó la erección de un monumento que recordara los esfuerzos chileno-argentino-peruanos, en pro de la independencia del viejo virreinato. En él debían grabarse los nombres de todos los jefes que actuaban en la campaña, y los de la división chilena, los coroneles José Manuel Borgoño, José Santiago Sánchez, el comandante Pedro José Reyes y el sargento mayor José Méndez Llano, dieron el nombre de Pinto para que se esculpiera en el monumento.

Después vino el desastre de Ica, que puso en serio peligro la independencia peruana. San Martín pidió nuevos refuerzos a Chile y a las Provincias Unidas, que no pudieron satisfacerse

por la gravísima situación económica por que atravesaba el Gobierno de O'Higgins, y por la guerra intestina que devoraba a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Bolívar, en cambio, ofreció sus tropas, y para concretar esa ayuda, San Martín fué a entrevistarse con el Libertador en Guayaquil. De esa entrevista derivó la renuncia del Protector del Perú y su alejamiento del escenario de la guerra y su retiro a la vida privada. De éstos acontecimientos se derivaron graves discordias para la división chilena. El resentimiento de los oficiales y tropas para con el general San Martín, a quien se acusaba de haber postergado a la división chilena, estalló con vehemencia; O'Higgins fué blanco de las murmuraciones, presentándolo como entregado por entero a la influencia de la Logia Lautarina, dirigida por el elemento argentino. El argumento de los oficiales y soldados chilenos era justo. En el Ejército Libertador, decíase, el predominio de los chilenos era incuestionable; siendo esto de toda evidencia, San Martín había otorgado los cargos de confianza y también los honoríficos a los jefes argentinos. O'Higgins había aceptado esa situación sin reclamar de ella y permitido fueran pospuestos los jefes chilenos, y, lo que era más serio, no reclamado que de los cuadros que militaban bajo la bandera nacional, se extrajeran los soldados para completar los batallones de otros países. El sentimiento nacional de esos jefes y oficiales, lastimado profundamente por tales hechos, buscaba una justificación y al no haberla, una sanción.

El coronel Pinto observó en estas diferencias una conducta muy de acuerdo con su carácter moderado y conciliador. No quiso dar alas a las protestas ni intervino en ellas. Comprendía que los reclamos eran justos, que se fundaban en rectas apreciaciones, pero también se le imponía el deber de mantener la disciplina de sus fuerzas y colaborar en esas desagradables condiciones a la tarea y a la obra de interés americano en que estaba comprometida la fe y el honor de su patria. En las notas dirigidas al gobierno de Chile presentaba con franqueza el estado a que había llegado el ánimo de sus compañeros de armas, los síntomas de desmoralización que se advertían, los cargos que se hacían a San Martín, al propio gobierno chileno y a los jefes argentinos. Todo eso está dicho con gran

moderación, con una sincera y escueta realidad, con un propósito de enmendar rumbos, que aun era posible; pero en el fondo esas comunicaciones acusan la herida abierta del patriotismo humillado y demuestran un espíritu que siente la mortificación de la dignidad vejada. De esas comunicaciones, Bulnes ha publicado algunas, pero hay otras que, inéditas todavía, son más, mucho más elocuentes, que las que han visto la luz pública (2).

La intranquilidad en el ejército chileno se agravó más con la campaña a los puertos de intermedios y del interior del Perú. Los planes de esa campaña los había preparado el general San Martín, y la Junta de Gobierno que sucedió al Protector, compuesta por el general La Mar, Felipe Antonio Alvarado, y el Conde de Vista Florida, se propuso llevarlos a la práctica. Se organizó una fuerza de 4.300 hombres que se puso a las órdenes del general argentino Rudecindo Alvarado y cuyo jefe de Estado Mayor fué el coronel Pinto. La división chilena reconocía como jefe al Mariscal de Campo Luis de la Cruz. Pero el verdadero comandante de ella era el coronel Pinto, a quien, en la dirección de esa campaña por su mismo cargo en el Estado Mayor, correspondió dictar las más prolijas órdenes para preservar a todo el ejército de las enfermedades y atender a todos esos detalles de organización que supone la movilización de un cuerpo de tropas tan numeroso como el que componía ese ejército.

La demora de la campaña permitió rehacerse al ejército español. Hubo buques que demoraron dos meses en llegar desde el Callao hasta Arica. Las fuerzas patriotas, al fin, se situaron en Torata, a cuatro leguas de Moquegua. Se perdieron 700 hombres. Al internarse Alvarado desde Arica buscando lugares más sanos, la división chilena le acompañó en toda esta pesada jornada, y llegó a Tacna el 1.º de enero de 1823. Desde este punto, las fuerzas todas marcharon a Locumba. Las vicisitudes de esta campaña dejaron en el ánimo de Pinto una dolorosa impresión. «Si hubiera podido retirarme honrosamente de aquel ejército—dijo después en el documento que publicamos—lo habría hecho ese mismo día, por-

(2) Archivo del Ministerio de la Guerra: Ejército Libertador 1820-1823.

que todo el mundo preveía desastres, fatigas sin gloria y deshonra para las armas patriotas». La batalla de Torata tuvo lugar el 19 de enero. En sus comienzos el resultado de las armas pareció favorecer a las fuerzas patriotas; pero el general Canterac, que llegó en auxilio del general Valdés con 3.000 hombres de refresco, obligó a los patriotas a retirarse y «tuvo nuestro ejército que abandonar las posiciones que había ocupado en el cerro de Torata», escribía Pinto en su parte oficial, fechado en Bellavista en 6 de febrero de 1823 (3).

Lo que ocurrió después es un concierto de desastres y de campañas sin glorias, que sumieron al Perú en el borde de la ruina de su independencia. Para evitar el total aniquilamiento de las fuerzas chilenas que se encontraban en el Perú, Pinto se dedicó exclusivamente a completar sus cuadros y a reorganizar la división. «El miserable estado a que se ve reducido el ejército de Chile, no me permite dividir mis atenciones ni contraerme a otros objetos que no sean exclusivamente su organización; con este fin he hecho repetidas dimisiones del empleo de jefe del Estado Mayor General y he tenido la fortuna de que al fin se me haya admitido. Hoy estoy exonerado de estas atenciones y sin más ocupación que la organización de nuestro ejército».

Las penalidades del ejército chileno tocaron a su fin. El 1.º de marzo de 1823, Pinto ordenaba al jefe de su Estado Mayor, el coronel José Santiago Sánchez, pasara a Chile con el objeto de solicitar del gobierno, restituyera todas las fuerzas que había enviado al Perú. A su juicio era imposible reorganizarlas fuera del territorio nacional. Convencido de que en el ambiente de descomposición del Perú, no era fácil obtener para sus tropas el clima moral que necesitaban, las retiró a Arica y allí las embarcó para Coquimbo, cuando una nueva división chilena iba en apoyo de la independencia del antiguo virreinato, a las órdenes del coronel don José María Benavente.

Por secundaria que fuera la actuación de Pinto en las campañas de la independencia del Perú, su testimonio es de un

(3) Ese parte se encuentra inédito. Archivo Nacional: Ministerio de la Guerra, Expedición Libertadora del Perú, tomo II, fol. 341.

inapreciable valor. El testigo de esas campañas era un hombre de penetrante inteligencia y un espíritu cultivado y observador. No es necesario recorrer su existencia para justificar la apreciación. Fué un estudiante distinguido del Colegio Carolino; se había recibido de abogado en la Universidad de San Felipe, y su cultura era de las más completas entre los jóvenes de su tiempo. En sus memorias autobiográficas, el mismo Pinto ha dado cuenta de sus estudios en esos años. Por esas excepcionales condiciones, fué nombrado en los días de la Patria Vieja, diputado ante el Gobierno de Buenos Aires y nuestro primer agente diplomático en Europa. En Londres se relacionó con los españoles liberales que allí se encontraban desterrados y con los americanos que servían la causa de la independencia de estos países. Bello fué uno de sus amigos. En la historia de la formación de la república, el nombre de Pinto, ministro de Freire, jefe del partido liberal o pipiolo, Vice Presidente y Presidente de Chile en una de las épocas más azarosas de la historia nacional, la obra de Pinto se destacó por su espíritu progresista en favor de la educación y del esparcimiento de ideas republicanas, que, si entonces no prosperaron, después debían lograrse en la generación que siguió a la suya y que dejó tan honda huella en nuestro progreso político e intelectual.

En 1853, cuando escribía sus apuntes sobre la campaña del Perú, las pasiones que agitaran su acción de gobernante habían desaparecido, y él mismo, que nunca fué intransigente ni vehemente, porque era el equilibrio mismo y la ponderación más acabada, podía juzgar los hechos en que había intervenido con una gran altura de miras. «El carácter del hombre privado tiene una grande influencia sobre las ideas y tendencias del funcionario público. Había en el alma del general Pinto un fondo inmenso de benevolencia que le hacía el mediador obligado de todos los que se acercaban al gobierno para solicitar gracias, o para pedir justicia contra poderosos adversarios», ha escrito Barros Arana. «De esa manera—continúa este autor—se asoció a todos los actos dignos, generosos y elevados, que durante la administración del general Bulnes se acometieron».

«Aunque el general Pinto desde sus primeros años siguió

la carrera de las armas, tuvo en la vejez los gustos y los hábitos pacíficos del literato. Hablaba el inglés y el francés como su propio idioma. Seguía con avidez el movimiento intelectual de la Europa, y no cesaba de estimular a los jóvenes que se consagraban al estudio. La muerte le encontró en sus ocupaciones habituales: al estudio de los buenos libros y la educación de su familia.

«Tenemos algunos motivos para pensar que dejó escritas sus memorias (4); y si nuestra conjetura es fundada, no será éste uno de los menores servicios que haya prestado al país. Los hechos narrados por un testigo y actor que estaba siempre preñado de moderación y sensatez, y las apreciaciones que de ellos podía hacer una cabeza ilustrada y vigorosa, serán de gran utilidad. El general Pinto escribía con una corrección y elegancia nada comunes.» (Barros Arana, *Obras Completas*, tomo XII, págs. 129-130). Y en otro de sus trabajos ha dicho: «había adquirido en la lectura una instrucción nada común en la América española». (*Historia General de Chile*, XIII, pág. 510, nota 41).

III

VALORIZACIÓN HISTÓRICA DEL DOCUMENTO DE PINTO

Las «apuntaciones» del general don Francisco Antonio Pinto, como se las ha llamado, fueron ya valorizadas por dos notables historiadores nacionales que ocupan un sitio de alto rango en la historiografía americana del siglo XIX: don Gonzalo Bulnes y don Diego Barros Arana. Los dos explotaron ese documento como fuente capital para desentrañar la verdad de uno de los períodos más confusos de la emancipación peruana, y ambos también le han concedido un valor superior a cualquier otro testimonio contemporáneo, ya sea éste de

(4) Las páginas incompletas que de éstas se han encontrado han sido publicadas en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año VIII, segundo trimestre de 1941, N.º 17, con el título «Apuntes autobiográficos del General don Francisco Antonio Pinto», que nosotros encontramos en el Archivo de la Biblioteca de don Diego Barros Arana, Biblioteca Nacional, Santiago. Papeles varios, tomo VII, págs. 131-233. En el *Boletín* ocupan las páginas 69 a 107.

origen americano, es decir, argentino, peruano, colombiano, ecuatoriano y venezolano, o de emanación realista. Las declaraciones de Pinto escritas con gran elevación, permitieron a aquellos historiadores reconstruir con seguridad todo el período de las campañas del Ejército Libertador, desde 1822 hasta 1824, explicarse o explicar la conducta de San Martín en el Perú, y el por qué de sus vacilaciones, el hilo de intrigas, conspiraciones y disgregación a que llegó en un momento la fuerza que el Protector tenía a sus órdenes, y las razones políticas que en los miembros del Ejército refluían para hacer más viva la resistencia. Ni Paz Soldán, ni Mitre, ni Restrepo, ni Miller, ni García Camba, ni Torrente, pudieron explicar satisfactoriamente aquellos sucesos, y los historiadores chilenos lo hicieron apoyándose en las declaraciones de Pinto. Es indudable que las versiones de estos dos escritores es más completa y satisfactoria. Por eso Bulnes en la *Historia de la Expedición Libertadora del Perú (1817-1822)*, reproduce, en apoyo de su versión, lo escrito por Pinto, y todavía, en su otra obra, *Últimas campañas de la Independencia del Perú (1822-1826)*, sigue el mismo procedimiento. Los dos libros chilenos fueron publicados en Santiago, el primero en 1887 y 1888, y el segundo, en 1897.

Bulnes aprecia de este modo las «apuntaciones» de Pinto: «Su posición y su valimiento personal lo pusieron en contacto con los hombres más distinguidos que figuraron en el Perú, y especialmente con el general Sucre, con quien cultivó estrechas relaciones. Pinto era, pues, un testigo de grande importancia para un historiador, y el señor Reyes tuvo la feliz ocurrencia de dirigirle, en noviembre de 1854, una carta conteniendo once preguntas que abarcan el conjunto de la historia del Perú en esos años.

«Pinto le contestó en diciembre del mismo año con bastante extensión. Su respuesta es un documento de alto interés para la historia, en que hay algo que no es nuevo; mucho que lo es, y todo curioso y digno de conservarse, siquiera sea como declaración de un observador digno de fe. Hay algunos datos que pocos estaban en situación de revelar y que son, por consiguiente, de grande interés. Una parte importante de sus respuestas se refiere a la época en que mandó la división chilena

en la campaña de Intermedios, que tuvo por coronación las batallas desgraciadas de Torata y de Moquegua, y que por haber tenido lugar en 1823, salen del cuadro de esta obra. Sin embargo, es posible que pueda utilizarlas si, como lo pienso, continúo este libro, refiriendo la suerte que cupo a los restos del ejército chileno que llevó San Martín en 1820 al Perú.

«Para dar una idea clara de los puntos que abrazan las *Anotaciones* del general Pinto, copio las preguntas que le hizo don Alejandro Reyes y que él contestó.

«1.ª ¿Cuáles fueron los cuerpos que hicieron el primer sitio del Callao, quiénes mandaban este sitio y qué parte tomaron en él las tropas argentinas?

«2.ª ¿Por qué razones el general San Martín no persiguió al virrey cuando éste desocupó a Lima, dirigiéndose en el mayor desorden a la sierra?

«3.ª ¿Tuvo o no razón San Martín para no atacar a Canterac cuando éste pasó con su división al frente del Ejército Libertador, y burlando la vigilancia de éste, logró introducirse al Callao?

«4.ª ¿A quién se debe culpar, a San Martín o a las Heras, de que en la retirada o fuga de Canterac no lo hiciese pedazos el ejército, siendo que pudo hacerlo atendiendo a la disolución casi completa del ejército real, pues que en un solo día tuvo como novecientos desertores?

«5.ª ¿Es cierto que el ataque no se verificó, porque sobre el mismo campo estuvo a punto de estallar una revolución, encabezada por Alvarado, Martínez y Dehesa, cuya revolución la hizo abortar la presencia de ánimo de Las Heras?

«6.ª ¿Quiénes hicieron saber a San Martín la revolución que debió tener lugar poco después en Lima, de cuyas resultas fué sacrificado el coronel Las Heras? ¿Quién era el caudillo de esta revolución? ¿Qué cuerpos estaban comprometidos? ¿Podría usted hacerme una descripción de la junta de jefes que con este motivo convocó San Martín, indicándome los nombres de todos ellos?

«7.ª ¿Qué motivos de disputas había entre los jefes argentinos y San Martín, hasta el punto de ser frecuentes las revoluciones? ¿Influyen en ellos las ideas monárquicas de San Martín, o la falta de pagos o sólo la ambición?

«8.ª Habiéndoseme dicho que Alvarado era el autor de todas las maquinaciones, ¿cómo se explica que fuese nombrado general en jefe después de la renuncia de Las Heras? ¿Cuáles fueron las causas de esta renuncia?»

«9.ª ¿De qué provenían las malas relaciones que existían entre chilenos y argentinos? ¿Es cierto o no que los primeros eran hostilizados?»

«10. ¿De qué cuerpos constaba la expedición que fué a Intermedios al mando de Alvarado? Tenga la bondad de darme cuantos detalles le sea posible sobre la organización de esta fuerza, sobre su embarque y desembarco, y sobre las batallas de Torata y Moquegua.»

«11. ¿Cuál fué la verdadera causa de la vuelta de la expedición del general Benavente? ¿Qué hubo en la conferencia de usted con Sucre? ¿Qué desaveniencia hubo entre usted y Guise? ¿Es cierto que éste quiso echar a pique los buques expedicionarios?»

«La relación que usted me haga sobre esta expedición tiene para mí el mayor interés, porque en los documentos oficiales no hay rastros para averiguar la verdad de acontecimientos que se han pintado de un modo tan desfavorable al honor de Chile.»

«En resumen, señor general, no omita circunstancia alguna relativa a la campaña, de las que usted recuerde, aunque no esté contenida en las anteriores preguntas. Desearía, por ejemplo, que me dijese algo sobre la entrevista de Bolívar con San Martín en Guayaquil, sobre la revolución hecha a Montecagudo, etc.»

«El general Pinto contestó una a una estas preguntas, menos la 9.ª, en que con su habitual benevolencia respondió solamente estas palabras: «A mi juicio, esta materia no debe tocarse ¿A qué fin despertar odios que el tiempo ha sepultado en el olvido? Baste decir que las tropas de Chile eran tratadas como un apéndice, como una cauda, de las tropas argentinas.»

«Esta respuesta es muy digna de atención, porque nadie reclamó con mayor imperio que él por los fueros de la bandera chilena, y de ninguna pluma brotaron entonces quejas más sentidas ni acentos más desgarradores de patriotismo. Pero entre sus muchas cualidades, tenía el general Pinto una de

las mayores: la del olvido, y su alma era incapaz de conservar en depósito los rencores y las amarguras que, con justicia o sin ella, sintieron contra el general San Martín y el gobierno del Perú los soldados chilenos que acudieron a la defensa de su libertad desde 1820 hasta 1824.

«Para concluir, debo hacer presente que un trozo de estos apuntes fué citado en esta obra (tomo I, pág. 194) y que si se nota entre ambas alguna diferencia de redacción, proviene de que cuando publicaba el primer volumen, disponía sólo de los borradores de la respuesta del general Pinto. Después un hijo del señor Reyes me regaló el original de esos apuntes; y entre unos y otros hay la disconformidad que se nota en ellos». (Bulnes, obra citada, II, págs. 201-202).

El tomo XIII de la *Historia General de Chile* de don Diego Barros Arana, es posterior a la publicación de la *Historia de la Expedición Libertadora* de Bulnes. Mientras ésta, como ya se dijo, es del año 1887-1888, aquélla corresponde al año 1894. La investigación de Barros Arana sobre los mismos puntos esclarecidos por Bulnes, se completa, y aun avanza más en los detalles. Después de recorrer toda la documentación, Barros Arana, al igual que Bulnes, llega a la misma conclusión: los apuntes de Pinto son una fuente insustituible para comprender el período que corre desde 1822 a 1824. Los llama «curiosísimos apuntes escritos por el general Francisco Antonio Pinto sobre ciertos incidentes de la Expedición Libertadora» (XIII, p. 471, n. 3). En otra parte, al narrar el descontento que se dejó sentir entre los jefes militares como consecuencia del boato casi monárquico que San Martín dió al gobierno protectoral, que provocó planes sediciosos para separar a San Martín del mando, el historiador se basa en el general chileno como fuente insospechable y escribe: «En los apuntes que escribió sobre esa campaña, y que ya hemos citado en otras ocasiones, ha consignado sus recuerdos personales sobre estos sucesos, con la seriedad y circunspección que le eran característicos» (XIII, p. 505, n. 36). En otra parte dice: «Estos apuntes, que hemos citado en otras ocasiones, fueron escritos para contestar a las preguntas que se le dirigían con un propósito histórico, y están inspirados en una absoluta falta de pasión» (XIV, p. 209, n. 15). Hay más todavía.

Una parte principal en que se basa la relación de la desastrosa campaña de Alvarado en el sur del Perú y las derrotas de Torata y Moquegua, y el reemplazo en forma tumultuaria en Lima de la Junta gubernativa por el gobierno unipersonal de Riva-Agüero, Barros Arana la apoya en los apuntes de Pinto, y al efecto escribe: «Al referir la historia de esta desastrosa expedición, en cierto modo extraña a la historia de Chile, por más que las tropas chilenas fueran sacrificadas por la ineptitud de los jefes que dirigían las operaciones, y por más que estos deplorables sucesos comprometieran seriamente la causa de la Revolución Chilena, nos hemos limitado a contarlos en sus rasgos generales, aportando detalles y sobre todo, las exageraciones en que, como dijimos antes, abundan las relaciones recientes. Nuestro guía principal ha sido el diario de don Francisco Antonio Pinto, después Presidente de Chile, y hombre tan recomendable por su inteligencia como por la moderación de su carácter, siempre recto y ajeno a todas las pasiones malsanas. El diario fué enviado por Pinto al gobierno de Chile como complemento de su parte oficial de la campaña, en que, por motivos de circunspección, no había querido entrar en pormenores. Los apuntes escritos por este mismo, años más tarde, contienen un resumen claro de esas operaciones, que nosotros hemos extractado en el texto» (XIV, págs. 214-15, n. 20).

Por último, al recapitular Barros Arana el material que le ha servido para estudiar la historia de la segunda división auxiliar enviada por el gobierno de Chile al mando del coronel don José María Benavente en ayuda de la emancipación peruana, el historiador dice: «La historia de la desventurada expedición auxiliar al Perú en 1823 no ha sido contada con regular detenimiento, y mucho menos con satisfactoria exactitud» (5).

«Las pocas veces que a ella se refieren las *Memorias* de Miller y en otras relaciones generales, contienen numerosos errores. Los documentos de la época, los partes oficiales de

(5) Justamente ese mismo año de 1897 en que aparecía el tomo XIV de la *Historia General de Chile*, Bulnes daba a luz las *Últimas campañas de la Independencia del Perú*, en la que los defectos que Barros Arana encontraba en esa historia, eran ampliamente subsanados.

Pinto, el informe pasado por el Director Freire al congreso constituyente de 23 de diciembre, etc. no son tan prolijos como sería de desear. Nos hemos servido de esos documentos de carácter oficial, pero hemos utilizado además varias cartas confidenciales, algunas de las cuales están citadas en nuestras notas, y además las relaciones inéditas de tres individuos que sirvieron en esta expedición, esto es, los apuntes citados del general Pinto, las memorias del coronel Beauchef, y el diario del capitán Tupper. Aunque cada uno de ellos cuenta particularmente los hechos o pormenores en que le tocó intervenir, el estudio comparativo de las tres versiones, y su comparación con los documentos recordados, nos han permitido formar este cuadro general de los acontecimientos, debiendo advertir que los apuntes del general Pinto, escritos en los últimos años de su vida, contienen, en la narración de los accidentes de que no fué testigo presencial, ligeras equivocaciones que deben atribuirse a infidelidad de los recuerdos».

Bulnes primero y después Barros Arana, han reproducido en las obras anteriormente citadas, párrafos más o menos largos, de las apuntaciones de Pinto; pero el documento completo nunca ha sido publicado íntegramente. Lo reproducimos a continuación, basándonos en una copia que se conserva en el Archivo de la Biblioteca de don Diego Barros Arana en la Nacional de Santiago, donde tiene la siguiente signatura: 2-25-1-2, págs. 220-241.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ

CONTESTACIONES DADAS POR EL GENERAL DON FRANCISCO ANTONIO PINTO A ALGUNAS PREGUNTAS SOBRE LOS SUCESOS DE LA CAMPAÑA LIBERTADORA DEL PERÚ

Primera pregunta.—¿Por qué razones el general San Martín no persiguió al virrey, cuando éste desocupó a Lima, dirigiéndose en el mayor desorden a la sierra?

Contestación.—Una larga disertación sería necesaria para explicar satisfactoriamente las dudas que envuelven una conducta tan extraña y al parecer culpable del general San Martín. Apuntaré algunas razones que a mi juicio obraron en su ánimo para dar este paso falso, de meterse en Lima, dejando que el ejército español con toda tranquilidad pasase a la sierra, se organizase y recuperase una moral que le había hecho perder su larga mansión en aquella ciudad. Para esto tengo que tomar las cosas de un poco atrás, y ponerle a la vista una de las causas que en mi opinión influyó poderosamente en la indisciplina e insubordinación de aquel ejército, y ofrecía el gran contraste de lo que fué cuando vino a Chile y lo que era en el Perú mandado por el mismo general.

Luego que supo en Chile el general San Martín que había caducado el gobierno general de las provincias argentinas, pasó una comunicación al coronel Las Heras, jefe de estado mayor, para que a presencia de todos los oficiales la abriese y determinasen sobre su contenido. Les decía en ella, que teniendo el mando del ejército por orden del gobierno nacional, y no existiendo éste, por motivos que todos sabían, no se creía facultado para continuar mandándolo, y que en esta virtud nombrasen en su lugar la persona que mejor les pareciese. Los

oficiales le eligieron y de ellos recibió el bastón de mando. Este paso impolítico, subversivo e incompatible con la disciplina militar, y que si ha tenido ejemplo ha sido en bandas merodeadoras, fué el origen de la insubordinación de aquellos cuerpos. No se necesita saber mucho, para conocer que el que puede conferir un mando, puede también retirarlo. Aun sin esta impremeditada medida, se encontraba aquel ejército en una situación excepcional, pues no tenía un gobierno de quien esperar ascensos, premios ni castigos. No sé que se hubiera portado mejor otro en circunstancias iguales, y haciendo a sus individuos todo el honor que merecen sus distinguidos servicios, no era el que le convenía al general. San Martín, para dar cima a sus vastos planes de libertar al Perú, lo mandaba con cierta timidez, porque no olvidaba que de ellos (los oficiales) había recibido la autoridad de mandarlos; era indulgente en las graves infracciones u omisiones del servicio; se abstenia de mandar lo que sospechaba que podía serles desagradable, y si la necesidad le obligaba a hacerlo, más bien negociaba que mandaba. Este era el estado moral del ejército de los Andes cuando el virrey evacuó a Lima.

El general San Martín lo conocía perfectamente y huyó de su mando, asilándose en la suprema magistratura del Perú con el título de Protector. Era imposible que su alta penetración no previese grandes catástrofes en la indisciplina de aquel ejército; pero jamás sospecharía que terminase su existencia con una gran traición, pasándose a los españoles, entregándoles las fortalezas del Callao, y con ellas a cuantos patriotas se hallaban accidentalmente en aquel puerto. Los granaderos a caballo se hallaban a cuatro o cinco leguas de la plaza, y luego que supieron el alzamiento de sus compañeros, vino a reunírsele la mayor parte de ellos. Corolario necesario e inevitable de la tolerancia de la indisciplina militar de un ejército.

Contrayéndome más directamente a la pregunta, diré a V. que la primera tierra peruana que pisó el ejército libertador fué Pisco. Desde allí destacó a la sierra una división de mil hombres al mando del general Arenales, y después de un paseo triunfal por Jauja, Tarma y Guamanga, encontrando las simpatías más decididas en todos los valles y poblaciones, se

le proporcionó en Pasco un triunfo glorioso contra una división española, a quien derrotó e hizo prisionera. Esta división desamparó la sierra y bajó a la costa sin órdenes del general San Martín.

Como dos meses antes que evacuara el virrey a Lima, envió a la sierra otra división escogida de cuatro mil hombres al mando del mismo Arenales. Ella sola habría bastado para destruir y apresar las divisiones realistas que iban llegando al valle de Jauja, aisladas y en un estado miserable, como pone el paso de la cordillera a las tropas que la transitan. Pues bien, esta división nada hizo, y creo que no quemó un cartucho. Repasó la cordillera, y vino a Lima, luego que supo que el ejército patriota había ocupado aquella ciudad. Ignoro si lo hizo espontáneamente o por orden superior. Pero esto no embaraza que el general San Martín sin entrar en Lima, se hubiese dirigido tras del virrey picándole la retaguardia, a no darle tiempo de restablecer y organizar su ejército. ¿Y por qué no lo hizo? No encuentro una razón plausible que lo exonere de esta gran falta que fué de tan funestas consecuencias para el porvenir del Perú, y aun para su crédito. ¿Temería acaso que sabiendo el ejército la ocurrencia de Lima por los realistas, y recibiendo la orden de marchar a la sierra, no entablase alguna revolución que lo privase del mando y tal vez de la vida? No sé si lo temió. Se había impresionado al ejército por el mismo general y sus jefes que entrando a Lima, tendrían fin sus fatigas, su pobreza y sus enfermedades; que serían vestidos, pagados y recompensados, y cuando llegaba el caso de cumplir estas promesas, se le mandaba abrir una áspera campaña. Todo era de temer en un ejército cuya indisciplina conocía él mejor que nadie.

Encuentro también, en los principios políticos del general San Martín, otro motivo para no haber concluído con el ejército realista. Cuando partió de Chile con la expedición llevaba el corazón ulcerado por los estragos que hacía la anarquía en su patria, devorando de un extremo a otro de ella hombres, instituciones y propiedades. Si la vista de este gran naufragio le hizo apostatar de su fe republicana, o si abrigaba otra aplicada especialmente al Perú; no podré decirlo. Su bello ideal para ese país, era una monarquía constitucional: la fundación

de un imperio que surgiese sin convulsiones ni proscripciones; y sea dicho en honor de sus sentimientos; jamás, jamás pensó en ser el soberano, sino en un príncipe de la casa de Borbón. Temía sobremanera ver a los pueblos del Perú entregados a sí mismos, y que se repitiesen las deplorables escenas de las provincias argentinas, y quería por último que los ejércitos patriotas y realistas coincidiesen en este pensamiento, para cuya realización había tenido algunas conferencias con el virrey Laserna en Punchauca, quien encontró propio el proyecto, y se habría llevado a cabo, si el general Valdés no se hubiese opuesto tenazmente a su ejecución. Lo que años después aconteció en el Brasil, era todo lo que aspiraba para el Perú.

Si algunos de estos motivos influyó en él para hacer una guerra tan floja a los españoles, no podré decirlo; pero dos cosas puedo asegurar: la primera, que el general San Martín era hombre que no esquivaba los peligros, ni las asperezas de una campaña; y segunda, que no era crapuloso sino frugal y de una vida arreglada y sencilla.

Segunda pregunta.—¿Cuáles fueron los cuerpos que hicieron el primer sitio del Callao, quiénes mandaban este sitio, y qué parte tomaron en él las tropas argentinas?

Contestación.—Hablando militarmente no fué sitio el que se puso a la plaza del Callao; pues no teníamos artillería de batir en brecha, ni se pensó jamás en asaltar la fortaleza. Fué solamente un bloqueo vigoroso por mar y tierra, cortándole víveres y toda comunicación exterior. Los cuerpos del ejército se situaron fuera del alcance del cañón en algunos pueblos y casas inmediatas. Los realistas acostumbraban sacar a pasear su ganado bajo la protección de sus fortalezas y siempre con alguna escolta, y contra ésta solían despacharse algunas guerrillas nuestras que cambiaban algunos tiros, y se replegaba después cada una a su respectivo campo.

Una vez se intentó dar un golpe de mano y tomar por sorpresa la fortaleza principal. Informado el general San Martín de que el puente levadizo se bajaba todos los días después de hecha la descubierta, y que permanecía en ese estado hasta ponerse el sol, dispuso que se emboscara para la noche a inmediaciones de la plaza una partida de caballería como de sesenta a setenta hombres, mandada por el sargento mayor

Necochea, y con la obscuridad de la misma noche se concentraron en Bellavista los cuerpos de infantería manteniéndolos detrás de las paredes y casas, para que no fuesen vistos desde la fortaleza. A cierta señal debía partir de escape la caballería, entrar por el puente, sablear la guardia de la puerta, y mantenerse en ella hasta que llegase la infantería que debía emprender la marcha de carrera. Dada la señal, parte la caballería, y vista por los centinelas de la muralla dan la alarma y se levanta el puente levadizo. Frustrado el golpe, vuelve grupas y se retira de prisa. Sale entretanto la infantería de un escondite, la reciben a cañonazos, y vuelve a su abrigo, luego que vió regresar la caballería.

Desde que el ejército patriota ocupó a Lima, se contrajo el general San Martín a la organización del nuevo gobierno, y puso en manos del general Las Heras el mando del ejército unido, y este general mandaba en el sitio del Callao.

Tercera pregunta.—«¿Tuvo o no razón el general San Martín para atacar a Canterac, cuando éste pasó con su división al frente del ejército libertador, y burlando la vigilancia de éste, logró introducirse en el Callao?».

Contestación.—A mi juicio la tuvo. El general Canterac bajó con más de cuatro mil hombres escogidos, alentados con la esperanza de ocupar a Lima, socorrer las fortalezas del Callao, y destruir el núcleo de la revolución peruana. San Martín le aguardó a una legua de esta ciudad, protegiéndola en muy buenas posiciones y dejándole *expedito* el paso para el Callao. Si Canterac lo atacaba en ellas, todas las probabilidades del triunfo estaban de parte nuestra: si se dirigía al Callao, era inevitable la rendición de la plaza y del ejército por hambre y a más la ruina de toda su caballería; y si a nuestra vista emprendía la retirada a la sierra, era todavía más cierta su derrota. Algunas horas estuvieron frente a frente contemplándose ambos ejércitos, y tal vez fueron las más amargas de la vida de Canterac. En aquella posición no podía permanecer veinte y cuatro horas, porque estaba circundado de montoneros que le interceptaban los víveres: no se atrevía a atacar y tomó al fin la resolución de perecer de hambre y sin gloria, metiéndose en las fortalezas del Callao, adonde se dirigió con la obscuridad de la noche. Esta era nuestra opinión

en aquel tiempo, nos parecía imposible que aquel ejército se salvara.

El nuestro que estaba acampado en la hacienda de Mendoza, cambió de frente, tomó posición en Mirones, entre Lima y el Callao.

A los cinco o seis días de haber entrado el ejército realista al Callao, emprendió de noche su retirada a la sierra y comenzó a desgranarse en grupos de todas armas.

Cuarta pregunta.—«¿A quién se debe culpar, a San Martín o a Las Heras, de que en la retirada o fuga de Canterac no le hiciese pedazos el ejército, siendo que pudo hacerlo, atendiendo a la disolución casi completa del ejército real; pues que en un solo día tuvo como doscientos desertores?».

Contestación.—El general San Martín dió la orden al general Las Heras de perseguirlo, cuidando de no comprometer una batalla; proteger su desertión y hostilizarlo por los flancos con los montoneros. Del vivac de Mirones, se movió el ejército en la misma dirección que llevaba el de los españoles y a las nueve o diez leguas de Lima, se le mandó contramarchar y regresar a esta ciudad. No sé si la orden emanó del Protector o del general en jefe; pero supongo que del primero. Se confió al coronel Miller una columna como de novecientos buenos soldados y quinientos montoneros, para continuar la persecución y a los tres o cuatro días cayó en una emboscada, le dispersaron esta fuerza matándole algunos, y tomándole bastantes prisioneros. Y esta fué toda la hostilidad que le hizo a un ejército que se retiraba abatido, fatigado, y que ansiaba por oportunidades de abandonar sus banderas. Si el general San Martín ha dejado algunas memorias escritas con sinceridad, podrá tenerse la clave de tantos hechos misteriosos, incomprensibles entonces para nosotros y tal vez para la posteridad.

Quinta pregunta.—¿Es cierto que el ataque no se verificó, porque sobre el mismo campo estuvo a punto de estallar una revolución encabezada por Alvarado, Martínez y Dehesa, cuya revolución la hizo abortar la presencia de ánimo de Las Heras?

Contestación.—No lo creo. No es cierto.

Sexta pregunta.—¿Quiénes hicieron saber a San Martín la

revolución que debió tener lugar poco después en Lima, de cuyas resultas fué sacrificado el coronel Heras, quien era el caudillo de esta revolución; qué cuerpos estaban comprometidos; podría V. hacerme una descripción de la junta de jefes que con este motivo convocó San Martín, indicándome los nombres de todos ellos?

Contestación.—Por orden del general San Martín se reunieron todos los jefes de las divisiones del Perú, Chile, Buenos Aires y Colombia, a cierta hora en su despacho; y reunidos, expuso ante aquella junta, que el coronel Heras le había dado parte el día anterior, que se le había invitado para apoyar con su batallón (Numancia) una revolución encabezada por los jefes del ejército de los Andes, con el fin de destituirlo del gobierno de la República y expulsarlo del Perú, y que quería que públicamente se tratase este negocio, para tomar con acuerdo del consejo las medidas convenientes, a fin de evitar un escándalo del que se aprovecharía infaliblemente el virrey para consolidar la dominación española en el Perú. Y dirigiéndose a Heras, le dice que exponga lo que sabe sobre esta conspiración, cuál era el plan, cuándo debía estallar, y qué personas le invitaron a ella. Heras, con bastante sorpresa, le contesta, que el honor del ejército y su patriotismo le indujeron a darle parte, cuando aun podía tomar medidas que lo frustrasen, sin necesidad de recurrir a medidas violentas: que su delicadeza no le permitía nombrar personas: que no había sido inducido a dar este paso, por malquerencia con unos compañeros con quienes había vivido con la mayor armonía: que había considerado en riesgo la persona del general, y esto lo había decidido. Esta contestación de Heras, como que burló a San Martín, porque medió un rato largo de profundo silencio. Parecía entregado a un torbellino de ideas, que se combatían, y no le permitían fijar una resolución. En un tono más suave dice al fin Heras: que era tiempo de poner término a tantos rumores de revolución, y que excitaba su patriotismo para que explanase, y diese pormenores de la conspiración. ¿Por qué, qué medidas podría tomar como general, si no se le precisaban algunos hechos, y si no se ponía en sus manos el hilo de aquella intriga? Sin salir de estas ideas habló un poco más que la primera vez, y al concluir fija la vista a Heras.

Este le expone que le había participado, cuanto su honor le permitía hablar: que como caballero jamás le podría manifestar el nombre de las personas que se confiaron a él: que era incapaz de forjar calumnias contra nadie, y que habiéndole dado parte de lo que sabía, lo ponía en situación de averiguar lo que habría de verdad en ello.

Nadie tomó después la palabra más que el general Alvarado, que hizo presente a San Martín que el buen nombre del ejército que mandaba, le imponía el deber de pedirle que se llevara adelante el esclarecimiento de tan indigna calumnia, porque no podía quedar impune imputación tan atroz: que no se atreverían él ni sus compañeros a presentarse en la calle con aquella mancha, etc., etc. El general San Martín se aprovecha de una pausa para disolver la junta, temiendo tal vez alguna disensión irritante.

Cada uno salió formando diferente cálculo de lo que acababa de presenciar. Unos creían que era una estratagema para decirles a ciertos jefes que estaba en posesión de sus secretos; otros, que esta escena iba a servir de base a algunas reformas atrevidas en el ejército. Por el resultado todos se equivocaron. En el mismo día se mandó salir a Heras de Lima y del Perú con demasiada premura. Se confió el mando de su batallón, el más fuerte y aguerrido, al jefe inmediato, y todo quedó como estaba, sirviendo la expulsión de Heras de una satisfacción premeditada a los jefes de los Andes. Nadie estaba más al corriente de las interioridades del ejército que el Protector; porque sabía cuanto se hablaba y trataba en él, y de consiguiente el grado de verdad o falsedad de lo que le había indicado Heras. En cualquiera de estos dos casos su conducta fué innoble; porque si suponía a Heras calumniador, debió o separarlo del ejército sin aquel aparato teatral, o haberle expresado su confianza en la lealtad de aquellos jefes, y tratar de disuadirlo de un error: si no lo creía calumniante ¿por qué desterrar vergonzosamente a un hombre que había puesto en sus manos el mejor batallón del ejército español? El general San Martín quiso hacer un drama de este incidente con gran lujo de decoración, para hacer creer a los jefes indecisos su imperturbable confianza en su adhesión y lealtad, y sacrificó a Heras y se atrajo la malquerencia de las tropas de Colombia.

No creo que Heras fuese capaz de forjar esta calumnia; y al aseverar que fué invitado, no creo que mintiese. La impresión que dejó entonces este suceso en los que lo presenciaron, fué, que realmente había sido Heras convidado a una revolución. Se dijo también que se había invitado a otros jefes más; pero no es cierto, ni era tampoco necesario para su plan.

Séptima pregunta.—«¿Qué motivos de disgustos había entre los jefes argentinos y San Martín, hasta el punto de ser frecuentes las revoluciones? ¿Influirían en ellos las ideas monárquicas de San Martín, la falta de pagas, o sólo la ambición?»

Contestación.—A mi juicio eran los siguientes: 1.º El general San Martín en una proclama u orden del día en Valparaíso había prometido al ejército, que le corría el sueldo del Perú, desde el día que la expedición diese a la vela de las costas de Chile, y esta promesa no se cumplió. Trabajó en el Perú, siendo Protector, un reglamento de sueldos inferior al que se gozaba en el Perú y superior al de Chile o Buenos Aires. Esta reforma comenzó por la cabeza; pues de sesenta mil pesos que gozaba el virrey, bajó a treinta y seis mil que se asignó el Protector, y que hasta ahora gozan los Presidentes del Perú. 2.º Que aguardaban compensaciones más pingües que la de veinte y cinco mil pesos con que cada uno fué gratificado. Decía Lord Cochrane que la ocupación de Lima era sólo el principio de la campaña, y que los premios debían darse a su término, cuando fuesen expulsados los españoles; y 3.º y principal, no tener un gobierno propio a quien responder de su buena o mala conducta, y considerar al general San Martín sin aquel prestigio que da el mando no emanado de un gobierno.

Nunca oí que censuraran al general San Martín por sus ideas monárquicas, creo más bien que las apoyaban. Fúndome, en que de los tres comisionados para las negociaciones de Puchauca, en donde por primera vez se trató de monarquía, dos eran argentinos y el otro colombiano. El principal ministro de Estado, cuando se acordó enviar una comisión a Europa a mendigar un soberano, era Monteagudo, argentino, el campeón de este proyecto. Las instrucciones dadas a esta famosa comisión fueron firmadas por el general del ejército

como miembro del Consejo de Estado. En el ejército argentino nació y murió este proyecto.

Cuando entró el ejército en Lima estaba exhausta su tesorería y pobrísimo el comercio; pero el general San Martín apuró todos sus recursos para tenerlo pagado, y el principal de éstos fué, el secuestro que se impuso a los bienes de los españoles y a sus adherentes. Mientras permaneció a la cabeza de aquel gobierno, nunca faltó la paga íntegra al ejército.

Octava pregunta.—«Habiéndoseme dicho que Alvarado era el autor de todas las maquinaciones, ¿cómo se explica que fuese nombrado general en jefe después de Las Heras?

Contestación.—Está muy equivocado el que ha creído que el general Alvarado era el maquinador de planes revolucionarios. Su carácter honrado y conducta siempre caballerosa le alejaban de semejantes pensamientos, y más bien empleaba su poca influencia en moderar los arranques de sus compañeros. El general Las Heras hizo renuncia del mando del ejército y se vino a Chile, y el general Alvarado accediendo a los ruegos del general San Martín, admitió el mando. No se supo el verdadero motivo que influyó en Las Heras, para separarse en aquellas circunstancias, y su separación es uno de aquellos misterios que él y San Martín pueden explicar.

Novena pregunta.—«¿De qué provenían las malas relaciones que existían entre chilenos y argentinos? ¿Es cierto o no que los primeros eran hostilizados?».

Contestación.—A mi juicio esta materia no debe tocarse. ¿A qué fin despertar odios que el tiempo ha sepultado en el olvido? Baste decir que las tropas de Chile eran tratadas como un apéndice, como una cauda de las tropas argentinas.

Décima pregunta.—¿De qué cuerpos constaba la expedición que fué a Intermedios al mando de Alvarado? Tenga la bondad de decirme cuantos detalles le sea posible sobre la organización de esta fuerza, sobre su embarque y desembarque y sobre las batallas de Torata y Moquegua?

Contestación.—La separación del general San Martín de la suprema magistratura y su partida del Perú, fué el acontecimiento más feliz para la causa española, y el más fecundo en males para ese país. Fué entregado por una junta gubernativa, a quien no respetaba ni el pueblo ni el ejército, y la per-

manencia de éste en Lima, en donde comenzaron a pulular los partidos políticos, hacía temer algún fraccionamiento de sus jefes en favor de algunos de aquellos bandos. Por otra parte, era vergonzosa la inacción a que se veía condenado, mientras que el enemigo se organizaba y disponía, manteniendo bajo su dependencia como las tres cuartas partes del Perú. Así es que le fué fácil al general Alvarado conseguir que la junta le facilitase lo más indispensable para emprender una campaña sobre Intermedios. Venciendo inmensas dificultades por la suma pobreza del tesoro, proporcionó, víveres y transportes en los que se hacinaron como tres mil setecientos hombres tristemente equipados y municionados. Los otros que la compusieron, fueron el número 1 y 8 de los Andes que se refundieron en un regimiento de dos batallones con el nombre de regimiento del Río de la Plata, el número 11 y el regimiento de granaderos a caballo de la misma bandera: el núm. 4 y el 5 de la artillería de Chile y un batallón del Perú. Quedaron en Lima como cuatro mil hombres, entre ellos mil quinientos colombianos, para que a las órdenes del general Arenales y de su segundo don José Manuel Borgoño amagasen el valle de Jauja, y lo ocupasen, si el general Canterac se desprendía de alguna fuerza para auxiliar a Valdés que se hallaba en el sur del Perú; pues la importancia de conservar a Jauja, lo obligaría a no enviar refuerzos al sur, que era lo que se deseaba.

La navegación fué larga, y el convoy que llegó primero tardó como setenta días en llegar a Arica, punto en que debía desembarcar el ejército y dar principio a sus operaciones. Los otros transportes fueron llegando con más o menos intervalos unos de otros. Como dos meses antes de dar a la vela la expedición del Callao, se hizo público su objeto y su destino, y tuvo sobrado tiempo el virrey para hacer retirar de la costa, cuanto pudiera ser útil al ejército patriota. Se barrió con todos los medios de movilidad, no dejando mulas ni caballos, y mientras hacían sus marchas los realistas con su infantería montada, carecía nuestro ejército en los primeros días, aun de una docena de caballos para hacer la descubierta. Pero el patriotismo de los peruanos fué suministrándonos poco a poco los medios de dar movilidad al ejército.

Comenzaron a partir los cuerpos de Arica con dirección a

Tacna, tomando la vanguardia el regimiento de granaderos a caballo y el del Río de la Plata, escalonándose en la marcha otros cuerpos cuyo punto de reunión era esta ciudad. El general Martínez mandaba la vanguardia, y hallándose reunidos a ella los batallones número 11 y legión peruana, componiendo una fuerza de dos mil quinientos hombres, se presenta el general realista Valdés con mil escasos: mitad infantería y mitad caballería montada, fatigados hombres y animales de una penosa marcha emprendida desde las cuatro de la tarde del día anterior por desierto arenoso. El general Valdés fué informado por sus espías, que un solo batallón había en Tacna, y el resto en Arica; y para sorprenderlo y llevarlo primero hizo aquella expedición. Se presentó al frente de nuestra vanguardia como a las seis de la mañana y conociendo la superioridad de nuestra fuerza y el peligro en que se había metido, cambia de dirección sobre su izquierda, y marcha hacia el oriente paralelamente al valle en que estaba acampada la nuestra, y como a las dos leguas baja a él a dar agua a su tropa; porque en muchas leguas no la había fuera de este valle. Se mandan contra él algunas guerrillas, que las recibe con otras, y cambian algunos tiros, y luego que ve moverse nuestras columnas, levanta su campo y lo establece más atrás como a dos leguas, no en la dirección del camino que había traído, que era un desierto sin agua; sino en el mismo valle en que acampaba la nuestra, sin ningún obstáculo natural por medio, y a cuatro leguas escasas una de otra. Nuestras guerrillas cuando vieron levantar el primer campo, regresan con las columnas a su campamento de Tacna, sin ánimo de hostilizar más al enemigo; y habría parecido un verdadero simulacro de guerra como se practica en los campos de instrucción, si éste no hubiera dejado uno o dos muertos, y ningún prisionero; y por nuestra parte ni muerto, ni herido, ni prisionero.

El general Valdés permaneció, sin ser molestado en su posición, todo el tiempo necesario para que descansaran su tropa y animales, y se puso en retirada cuando lo creyó conveniente, por diferente camino del que lo trajo.

Nuestra vanguardia tenía su infantería descansada, que constaba de cuatro batallones, y a más cuatrocientos ochenta caballos montados por soldados valientes, y se le presentaba

el primer hecho de armas tan ventajosamente al abrir la campaña. ¿Cuánto no habría influido en la moral de ambos ejércitos, si se hubiera derrotado y hecho prisionera esta división? Se hallaba allí íntegro y completo, lo que se llamaba ejército de los Andes, con la agregación de un batallón peruano bien subordinado y regularmente disciplinado. ¿Y cuál fué la causa de esta culpable inacción, o más bien de este cobarde procedimiento? No lo sé. Esa noche llegué a Tacna con la división de Chile, y al día siguiente el general en jefe. Informado éste de lo acaecido, y viendo por sus ojos el punto por donde se había presentado el enemigo, el tiempo que había permanecido a cuatro leguas escasas de nuestro campamento, y que se había retirado sano y salvo, no hizo más que encogerse de hombros. ¿Y qué otra cosa podía hacer?

Desde Tacna emprendió la marcha el ejército reunido, y a los dos o tres días hallándose acampado en Locumba, en los momentos de comenzar a desfilar los cuerpos de la cabeza para continuar su marcha, aparece por nuestra retaguardia una partida enemiga como de doscientos infantes montados. Todo el ejército la vió, y sin suspender la marcha, manda el general en jefe al número 4 de Chile y a un escuadrón de granaderos a caballo que la persigan, y sigue con los demás cuerpos por el camino que va a Moquegua. El número 4, inmediatamente que recibe la orden se dirige contra ella; pero como iba montada, se aleja al trote de sus mulas. Dos ayudantes que tenía montados, los mandé uno tras otro a que activaran la marcha del escuadrón, mientras que la infantería continuaba su persecución sobre un arenal en un día bochornoso. Vuelven los ayudantes con la noticia que todo el regimiento de granaderos había seguido su marcha, y uno de ellos me expuso, que el jefe del cuerpo había dado la orden a un escuadrón, y éste no la obedeció; porque dijo, no quería fatigar sus caballos. Eran las tres de la tarde, no se divisaba ya el polvo de la partida enemiga, y mandé regresar el batallón a Locumba, a donde llegó bien fatigado de su estéril persecución; y después de seis horas de descanso, emprendimos la marcha a reunirnos al ejército. Si hubiera podido retirarme honrosamente de aquel ejército, lo habría hecho ese mismo día; porque todo el mundo preveía desastres, fatigas sin gloria y des-

honor para las armas patriotas. Súpose después que el coronel Amaller, informado de que había una pequeña partida nuestra estacionada en aquel punto, montó doscientos infantes, marchó toda la noche, y se colocó a nuestra retaguardia, para que no se le escapara ni un hombre en ella. Cosa extraña, parece que rivalizaban ambos ejércitos; el realista en hacer los más insignes disparates; y el nuestro en presentarle la más torpe disciplina.

El ejército continuó su marcha hacia Moquegua, y el 18 de enero llegaron a sus inmediaciones y vimos al ejército español ocupando unas alturas inmediatas al oriente de la ciudad. Nuestro ejército había marchado diez y ocho horas, se hallaba fatigado y sediento, y tomamos posición bastante cerca, con el ánimo de atacarlo al día siguiente. Se le había reunido el general Valdés con los mil hombres que tuvo la suerte de hacer escapar en Tacna y los doscientos que llevó Ameller a Locumba. Como a las doce de esa misma noche llegaron al campamento algunos vecinos de Moquegua, dándonos la noticia de que el ejército realista había abandonado sus posiciones y tomado el camino de Torata. Con la primera luz del día comenzamos a marchar; cruzamos el pueblo, y como a dos leguas hacia el norte le alcanzamos. Luego que divisó nuestra descubierta se situó en una fuerte posición que tenía a su frente una barranca honda; y sus costados igualmente bien apoyados. Se mandó a la compañía de cazadores que desplegaran en el fondo de la quebrada y rompiesen el fuego, y un batallón comenzó al mismo tiempo a subir un cerro sobre nuestra derecha, el que llegando a cierto punto franqueaba la izquierda enemiga, y le hubiera hecho mucho mal. Nuestros cazadores se portaron muy bien; no sólo arrollaron a los cazadores enemigos, sino que sus fuegos incomodaban a sus columnas. Las compañías cazadores de los batallones 4 y 5 eran mandadas por los valientes capitanes que se distinguieron mucho aquel día: mandaba la primera el capitán Maruri (hoy coronel), y la segunda el capitán Navarro que murió ahogado. Nuestros cazadores comenzaban a trepar el barranco, y muchas columnas a bajar a él, cuando el general Valdés emprende su retirada por un valle estrecho y accidentado en dirección a la cuesta de Torata. Nuestras guerrillas

los llevaban acosados, y no podían maniobrar nuestros batallones por ninguno de sus flancos. De cuanta posición tomaban, de tantas eran desalojados, hasta que llegaron al cerro de Torata y formaron en su cima. Al pie de la cuesta terminaba el valle, y pudo ya nuestro ejército, sobre las faldas de ésta, presentar sus columnas de frente, y atacar al enemigo con todas sus fuerzas. El ala derecha de nuestra línea la formaba el regimiento del Río de la Plata, y la izquierda los batallones 4 y 5 de Chile y el batallón peruano. El número 1 creo que quedó de reserva. Nuestras columnas no hicieron alto y cada una comenzó a subir por su frente con un paso medido al más o menos arrojo de sus jefes. Los cuerpos que avanzaron más, fueron los de la izquierda, así es que ellos solos sufrían todo el fuego de los enemigos; porque los de la derecha quedaron atracados y fuera del alcance de sus tiros. Se dió orden al número 4 que sobre su marcha oblicuase sobre su izquierda, hasta flanquear el ala derecha del enemigo, y flanqueada atacase a la bayoneta, mientras que el 5 y la legión la recibieron también de redoblar su paso para proteger al 4. Hubo momentos en que se creyó seguro el triunfo porque se notaba algún desorden en las filas enemigas. En este estado, después de las cuatro de la tarde oímos un gran grito en el campo realista, como un hurra general que llamó nuestra atención, y era el saludo al auxilio que les llegaba de Tarma al mando del general Canterac en hora tan oportuna. Las primeras tropas que divisamos fueron los escuadrones de caballería, y después fueron entrando en línea las demás en proporción que iban llegando.

Nuestros batallones, esto es, el 4, el 5 y la legión, que eran los que peleaban, hicieron alto, conservando cada uno su posición, y manteniendo sus fuegos. El de la legión se hallaba casualmente sobre un plano de poco declive, baja sobre él la caballería realista y le da dos cargas consecutivas, que resistió fácilmente sin desordenarse, manteniéndose en su puesto. Al anochecer bajaron las columnas al pie del cerro, y allí hicieron el primer descanso. Desde las cuatro de la mañana habían comenzado a marchar, y como a eso de las seis encontraron al enemigo y principiaron a pelear; habiendo hecho seis leguas de camino y combatiendo y desalojando al enemigo de

cuantas posiciones ocupaba para hacerse fuerte en ellas. Las compañías de cazadores del 4 y 5 perdieron entre muertos y heridos como la mitad de su fuerza, y los tres batallones que pelearon, tuvieron fuera de combate como trescientos cincuenta hombres entre muertos y heridos. No vi en todo el día a nuestra caballería. Me he ceñido a referir lo que vi, y he omitido indicar lo que debió hacerse y no se hizo, o lo que se ordenó y no se obedeció.

Se emprendió la retirada con la obscuridad de la noche, transportando en parihuelas a los heridos que fueron colocados en el hospital de Moquegua. En el siguiente día permaneció el ejército en los suburbios de esta ciudad, lo que daba a entender que allí se aguardaba al enemigo para aceptar la batalla, en caso que nos buscara. Se escogió una posición que defendiera la ciudad y presentase al mismo tiempo un campo capaz para que pudiera maniobrar nuestra caballería que se hallaba intacta, la respetaba el enemigo, y nuestro ejército se prometía mucho de ella. Con el refuerzo que recibieron los realistas se creía que tomarían la ofensiva.

Como a las siete de la mañana del día siguiente se presentan las columnas enemigas justamente por los puntos que deseábamos más y nos convenía. Despliegan gran número de cazadores en guerrillas, y les oponemos los nuestros que eran como una tercia parte del número de aquéllos; a los que fácilmente hicieron retirar hacia nuestra línea. Se mandó entonces a los granaderos a caballo que los cargasen, emprenden la carga, y como a treinta pasos de la línea de los cazadores enemigos vuelven caras, y en desorden pasan por el extremo de nuestra ala izquierda, atropellándonos algunos soldados y desordenándonos medio batallón del número 4 y cruzan a escape por la ciudad. Sus oficiales no pudieron contenerlos, ni conseguir que hicieran alto en parte alguna, y no pararon hasta la costa, adonde fueron llegando en grupos más o menos numerosos.

La fuga de nuestra caballería abatió considerablemente el ánimo de nuestra tropa, y aprovechándose el enemigo de aquella circunstancia, hace avanzar sus columnas, despliega tres batallones y rompe un fuego graneado sobre nuestra línea. Esta lo contesta por algún tiempo sin perder terreno; pero los

amagos de la caballería enemiga para situarse a nuestra retaguardia y la marcha de una columna a envolver nuestra ala derecha, la hacen vacilar. En aquellos momentos supremos no había más partido que tomar, que arrojarse sobre el enemigo a la bayoneta. No se dió la orden. ¿Y si se hubiera dado, habría sido obedecida? Creo que no. Los batallones ya muy diezmados, comienzan a retirarse a la ciudad, no se detienen y siguen su marcha hasta la costa. Al entrar en la ciudad y dentro de ella nos hizo la caballería enemiga bastantes prisioneros, y entre éstos, los muertos y heridos, perdimos como una tercia parte de nuestra fuerza. Una de las cosas que nos sorprendió entonces fué, que el enemigo no hubiese perseguido nuestros dispersos fuera de la ciudad; pues era seguro que no habría llegado al puerto de Ilo la mitad de la gente que allí llegó, porque muy pocos cuerpos se retiraron en orden. Pero los oficiales canjeados, entre ellos mi hermano José, hecho prisionero en esta batalla, nos explicó la causa de la irresolución de los realistas, y fué que creyeron que los granaderos a caballo se hallaban reunidos a inmediaciones de la ciudad, y este error fué la causa de que alcanzaran a llegar todos a Ilo. Los transportes de la expedición se hallaban casualmente en este puerto. Digo casualmente, porque no tuvieron orden de venir de Arica, y el intendente del ejército tuvo que darla a nombre del general, para que estando los buques más inmediatos a las operaciones del ejército, pudiese ser servido con más exactitud, si necesitaba municiones, armamento o cualesquiera otros útiles que hubiesen en él.

Envié a mi gobierno por duplicado el diario de esta campaña desde su desembarco en Arica, hasta su reembarco en Ilo. Le acompañé también el estado de cada cuerpo que todos estaban en cuadro. El desventurado número 2, uno de los batallones sobresalientes del ejército unido, que tanto se distinguió en la primera expedición a la sierra, a las órdenes del general Arenales, tuvo la desgracia de ser nombrado para que hiciera parte con otro peruano de la expedición confiada al general Tristán, para que ocupara a Ica. Esta división fué sorprendida con fuerzas superiores por los realistas, y casi todo el número dos con su comandante quedaron prisioneros. Los pocos que escaparon fueron enviados a reorganizarse a Tarapacá! Lu-

gar destituido de todo y tan distante del centro de los recursos. Y no paró en esto su mala ventura, sino que en Iquique al embarcarse fué atacado y dejó prisionera la mayor parte de la fuerza que había disciplinado en Tarapacá.

El gobierno a vista de los estados de nuestra fuerza me envió la orden de dirigirme a Coquimbo con las reliquias de nuestros batallones, para que fuesen allí organizados, aumentados, y pudiesen continuar la campaña de un modo digno de Chile; pues en el Perú era casi imposible su restablecimiento, equipo y disciplina. Esta orden, por motivos que ignoro, llegó a mis manos bastante atrasada; pues la habría dado cumplimiento antes de salir con la segunda expedición a Intermedios.

Undécima pregunta.—«¿Cuál fué la verdadera causa de la vuelta de la expedición del general Benavente? ¿Qué hubo de la conferencia de V. con Sucre? ¿Qué desaveniencia hubo entre V. y Guise? ¿Es cierto que éste quiso echar a pique los buques expedicionarios? La relación que V. me haga sobre esta expedición, tiene para mí el mayor interés», etc., etc., etc.

Contestación.—Para que ésta sea clara y fácil de comprenderse, conviene seguir los pasos de las fuerzas de Chile, desde Ilo, donde se reembarcaron, hasta que regresaron a Chile. Reembarcadas en este puerto se dirigieron al Callao, a donde tuvieron la fortuna de llegar felizmente, lo que no sucedió a todos los transportes de la expedición. Se acantonaron a las inmediaciones de Lima, y luego que bajaron los realistas y ocuparon esta ciudad, nos retiramos a las fortalezas del Callao.

En estas circunstancias había marchado una expedición como de cinco mil quinientos hombres de tropas peruanas al mando del general Santa Cruz a invadir las provincias del sur del Perú, y cuando se cercioraron los españoles del número y verdad de ella, abandonaron a Lima, y retirándose a la sierra. Evacuada Lima, dispone el general Sucre otra expedición a Intermedios de más de tres mil hombres, compuesta de tres batallones colombianos, las reliquias de la división de Chile, un escuadrón de caballería peruano, otro de Chile, y como cincuenta hombres colombianos con el fin de operar

de acuerdo con el general Santa Cruz, a quien se le había enviado la orden de ponerse a las órdenes de Sucre. La infantería de esta expedición desembarcó en Quilca, y cuando estuvo toda reunida en Arequipa con su caballería, marcha en dirección a Puno. A la segunda jornada recibe noticias el general Sucre que Santa Cruz se había internado al Alto Perú, y que su ejército había sido, no derrotado, sino completamente disperso, del que habían llegado algunos oficiales y tropa a Moquegua. Cerciorado Sucre de este suceso, manda contramarchar su ejército a Arequipa, y con una escolta se dirige a Moquegua a hablar con Santa Cruz.

Entretanto, todas las fuerzas realistas con el virrey a la cabeza se dirigieron sobre Arequipa, único punto en el sur ocupado por fuerzas patriotas. Sucre manda salir para Quilca toda la infantería, artillería y caballería de Colombia y se queda en la ciudad con los escuadrones de Chile y del Perú. Se retiraban éstos acosados por fuerzas más que dobles, y en una carga que dió el nuestro perdió más de veinte hombres y quedó prisionero su comandante Castañón, oficial muy distinguido que murió en la prisión. Esta es la primera vez que aparece caballería chilena en el Perú, y ésta es también la primera campaña que hacía en ese país. Como el general San Martín no fué un hombre de esta arma con escarapela chilena, y desde el principio pedí al gobierno que nos enviara alguno, porque sufría mucho nuestra división en campaña por falta de ella, viéndonos en la necesidad de mendigar el auxilio de las de otros países para varios servicios indispensables. Envióse al fin un escuadron formado a la ligera que llegó al Callao cuando nuestra división se hallaba en Intermedios a las órdenes del general Alvarado.

En Quilca fueron embarcadas las tropas con la orden de dirigirse a Pisco y desembarcar en aquel puerto. El general Miller, en sus *Memorias*, dice: «En el momento en que se estaba reembarcando en Quilca la infantería del general Sucre, llegaron desde Valparaíso a Arica dos mil chilenos, a las órdenes del bizarro y distinguido coronel Benavente; pero este jefe fué reemplazado en el mando por el general chileno Pinto, el cual convino en que a la salida de Sucre de Quilca, ocuparían los chilenos a Iquique, o se trasladarían por mar a

otros puntos en los puertos intermedios, con el objeto de conservar un pie en aquellas provincias, hasta que pudieran enviarle refuerzos de Lima». Todo esto es falso y pura invención de Miller. Ni Sucre ni yo supimos en Quilca la llegada a Arica de la expedición Benavente. En primer lugar si Sucre y yo sabíamos su llegada, ¿cómo se hace embarcar para Pisco la infantería chilena? ¿Con qué objeto me dirijo yo también a aquel puerto? ¿No era más conveniente y más militar reunir en un punto toda la fuerza chilena? En segundo lugar, si el coronel Benavente hubiese llegado a Arica cuando estábamos en Quilca, ¿no es seguro que habría pasado el parte de su llegada a Sucre o a mí? El camino estaba expedito por tierra desde Arica hasta Quilca, y a más tenía a su disposición la goleta *Moctezuma* que en menos de veinte horas habría llevado el parte. Otra inexactitud de Miller, que estas tropas se dirigieron al Callao. Ni Sucre, ni Alvarado, ni ninguno de los que compusieron esta expedición, tuvo orden de dirigirse al Callao, sino a Pisco, en donde todos nos reunimos.

En el convenio que supone Miller entre Sucre y yo al tiempo del desembarque en Quilca, dice: *que convinimos en que la expedición chilena ocuparía a Iquique*. Este pueblo, a más de estar destituido de todo lo necesario para la vida, tenía en aquel tiempo (y tal vez hasta hoy) la especialidad de venderse el agua que es transportada de lejos por negocio de comercio y que se vende en las pulperías como cualquiera otro artículo de abasto. He estado en él, y preguntádole a los pobres, con qué mitigaban la sed, cuando no tenían con qué comprar agua, me respondían, que cuando no les daban limosna de agua, se lo pasaban bañándose en el mar, y esto les aplacaba la fuerza de la sed. Conocí este pueblo en el viaje a incorporarme al ejército y por su miseria tan excepcional no ha sido visitado ni conocido en el curso de la guerra por tantos merodeadores patriotas y realistas. ¿Y cómo podría haber convenido con Sucre de situar la división en un pueblo en donde tendría que comprar o quitar el agua? Parece que escribió Miller sus *Memorias* para que fuesen leídas solamente en Europa; porque al haber pensado que se leerían también en América, no las habría atestado de anacronismos, inexactitudes y reticencias malévolas. De estas últimas, sirva de ejem-

plo lo que refiere sobre la sublevación de la guarnición del Callao, dice: *que pedían* (los amotinados) *se les facilitase los medios de transporte para Chile y Buenos Aires, sus países nativos*. Referido de esta manera, da a entender que cuerpos de Chile y Buenos Aires que guarnecían aquellas fortalezas, se sublevaron. ¿Y por qué no nombra los cuerpos sublevados? El, que es tan minucioso hasta la nimiedad, cuando refiere bagatelas, por qué omite el nombre de los cuerpos que guarnecían entonces aquellas fortalezas? ¿Cómo es creíble que los nativos de Chile pidiesen transportes, para este país, cuando sabían, que tenían un gobierno que los habría enviado a un cadalso por su traidora conducta? Miller sabía muy bien que en febrero de 24, época de la sublevación, las tropas de Chile habían llegado a su país. Lo mismo hace con la batalla de Moquegua, que apenas la indica. El, que al referir la más insignificante guerrilla, la sopla, la hincha, hasta dejarla de tales dimensiones que no la conocen los que la presenciaron, cuando así le conviene, no le merece alguna explicación una batalla en que quedaron muertos en el campo como quinientos hombres de ambas partes. ¿Pero no quería hablar la verdad, ni tampoco mentir y escogió callar?

Tomo el hilo de mi narración. Embarcadas las tropas en Quilca fueron llegando a Pisco según el andar de sus transportes. El que me conducía tuvo que arribar a Chala, a levantar un destacamento de veinte y tantos hombres, y este incidente le obligó a llegar el último de los de la expedición. Tan luego como me desembarqué, supe que había dispuesto el general Sucre que las tropas de Colombia marchasen al norte del Perú y las de Chile a Cobija; que éstas habían marchado más de seis días ha a cargo del teniente coronel Gana (hoy general); que debían permanecer allí hasta segunda orden, y que el general Alvarado que aún se hallaba en Pisco aguardándome, debía marchar a tomar el mando de todas las fuerzas chilenas. Ocurríeme aquí otra reflexión, para corroborar lo que he indicado antes, que ignorábamos en Quilca la llegada de la expedición Benavente. ¿Si el general Sucre sabía, como supone Miller, su llegada, cómo es que hace salir para Cobija y no para Arica las fuerzas chilenas? Si había convenido conmigo el general Sucre de ocupar a Iquique con la di-

visión Benavente, por qué manda a Cobija y no a Iquique las tropas chilenas que le acompañaron en su expedición a Intermedios? ¿Con qué objeto mantener separadas las fuerzas chilenas? Sólo un loco habría sido capaz de semejante disposición; y el general Sucre era todo lo contrario.

Hallábase en este tiempo el Perú en un estado deplorable de anarquía, con dos Presidentes que se disputaban el mando con las armas, aun en la pequeña zona que estaba libre de realistas: Riva-Agüero en Trujillo y Torre-Tagle en Lima, y de ambos se decía que mantenían relaciones secretas con el Virrey.

Embarquéme en Pisco con el general Alvarado con destino a Cobija en un bergantín de guerra peruano (creo que se llamaba el *Barcariel*), y a los cuantos días de navegación, por una casualidad tropezamos en alta mar con la expedición Benavente. Supe por él que se había visto obligado a reembarcarla, parte porque se estaba reuniendo en Tacna un número considerable de tropas realistas, y parte por las sospechas que le infundiera la conducta equívoca del gobernador de Arica, el general Portocarrero, que el año anterior se había pasado de los realistas a nosotros. Trataba efectivamente con ellos, como después se supo, de entregarles la división, facilitándoles los medios de que fuese sorprendida cuando menos se pensase; así es que apenas dió a la vela, cuando se izó en la plaza la bandera española.

El coronel Benavente pasó inmediatamente a bordo del bergantín en que nos hallábamos el general Alvarado y yo, y después de referirnos lo que dejo expuesto, comenzamos a tratar la dirección que más convenía dar a aquella fuerza. El general Alvarado manifestó las órdenes del general Sucre en que terminantemente ordenaba, reunirse en Cobija las fuerzas chilenas, a cuyo punto debían ya haber llegado las que partieron de Pisco. Había estado yo en Cobija, y sabía que era imposible que pudiese subsistir allí una división de cerca de tres mil hombres: faltaba todo, y la poca agua que suministraba una escasa y salobre vertiente, era insignificante para las necesidades de tanta gente; y propuse que en lugar de aguardar órdenes en Cobija, las aguardásemos en Coquimbo, en donde además de contar con todos los elementos para

mantenerla siempre en estado de operar, ofrecía la ventaja de llenar los cuadros de los cuerpos de la primera expedición, lo que equivalía a contar con mil quinientos a dos mil hombres más, cuando fuese llamada a hacer una campaña: que el mismo tiempo emplearía un buque viniendo del norte del Perú en llegar a Cobija como a Coquimbo: que en el primer punto tenía por necesidad que mantenerse de los víveres que llevara a su bordo, lo que la ponía en la alternativa o de no poder moverse, por falta de éstos, cuando fuese llamada, o de perecer, cuando éstos se hubieran concluido. El general Alvarado es un hombre hábil, conocía las fuerzas de las observaciones y cuanta preferencia merecía Coquimbo sobre Cobija para estacionar una división de esta clase: pero se atrincheraba con las instrucciones de Sucre. Preguntábale qué arbitrios pensaba tomar para proporcionar dinero y poder dar algunas buenas cuentas a la división; porque el soldado en campaña donde a cada rato combate con el enemigo, no se acuerda tanto de la paga, mientras tiene que comer; pero en un acantonamiento como aquél, donde no hay marchas ni contramarchas, y de consiguiente bastante ociosidad, era peligroso tenerlo sin algún socorro. Contestábame a esto que todos los resultados del no cumplimiento de las órdenes que traía, caerían infaliblemente sobre él, mientras que dándoles cumplimiento, caerían sobre el que las dió, y de consiguiente nada pudimos acordar; pues él insistía en Cobija, y nosotros en Coquimbo.

Tuve después mis sesiones con Benavente, en las que considerábamos el estado anárquico del Perú; que no debíamos esperar auxilios de ninguno de sus presidentes; que mal mantenida la división y sin ningún socorro, íbamos a exponerla a que se amotinara; que la pérdida para Chile era inmensa, perdiendo sus mejores tropas sin gloria ni utilidad, en circunstancias que el archipiélago de Chiloé se hallaba en poder de los españoles, y Pincheira desolando la frontera; que se sabía ya que el gobierno español enviaba fuerzas marítimas en auxilio del virrey; y últimamente, que lo que querían las autoridades del Perú era que la división chilena con todas sus fuerzas vagase por el sur, para llamar la atención de los realistas, y que con tal que la llamasen, poco importaba, que se las llevase el diablo; pero que esto no era lo que convenía a Chile

ni al Perú, porque mientras se encontrase intacta esta división, tenía esperanzas de ser socorrido por ella, y que mejor lo podía hacer de Coquimbo que de Cobija. Resolvimos, pues, hacer regresar a ésta, y a la que se encontraba en Cobija.

Di parte de esta resolución al general Alvarado y de los motivos que me obligaban a tomarla y le invité a que viniera con nosotros, y que conservaría el mando de ella en Coquimbo lo mismo que en Cobija. Alvarado no se prestó a esta invitación, y me expuso que no teniendo ya objeto su presencia en este último puerto, de allí regresaría a Lima. Ambos vinimos de Pisco en un bergantín de guerra peruano que estaba a sus órdenes, y me fué necesario transbordarme a la goleta chilena de guerra *Moctezuma*, para venir a Coquimbo.

Di la orden a los transportes de hacer rumbo a este puerto y reunirse en él, y el comandante de la *Lautaro* me hace presente entonces, que la vasija de aguada era apenas suficiente para quince días, conduciendo como conducía la tropa y oficiales de un regimiento de caballería y a más varios caballos; que en el viaje a Coquimbo en aquella estación (diciembre) era seguro que emplearía más de veinte y cinco días, por las calmas y el poco andar del buque, y que iba a exponer a aquella gente a que pereciera de sed. Después de mil planes que se proponían, debatían y desechaban, no se encontró otro mejor que hacer matar los caballos, porque dirigirse a la costa con el solo fin de ponerlos en tierra, habría sido hacer el mejor presente al ejército realista, y di la orden de matarlos.

Otra dificultad quedaba todavía en pie. ¿Cómo dar orden a las tropas estacionadas en Cobija de dirigirse a Coquimbo? Mandar uno de los transportes de tropa que la llevaran, era prolongarle más la navegación, cuando no quedaban más que los víveres precisos. Me decidí, pues, a ir en persona a Cobija, por ser el buque menos cargado y más velero del convoy. A los cuatro o cinco días de habernos separado, nos encontramos con el corsario español *Quintanilla*, que traía a su bordo ciento cincuenta hombres, y después de un combate en que perdió alguna gente, cambiamos de rumbo por la noche.

Llegué a Cobija y encontré allí nuestras tropas al mando del comandante Gana, viviendo como lo había sospechado alojadas a bordo porque no había en tierra departamentos en

que hospedarse, y manteniéndose de los víveres que tenían a su bordo. Un mes más de permanencia allí, no sé lo que habría sucedido. Recibieron la orden con manifestaciones de gran contento, y ese mismo día dieron la vela para Coquimbo.

El almirante Guise jamás vino a *Intermedios* con ninguna de las expediciones que contaban con fuerzas chilenas, y lo que se ha dicho de sus amenazas de echar a pique la expedición, es completamente falso.

ENTREVISTA DE LOS GENERALES SAN MARTÍN Y BOLÍVAR EN GUAYAQUIL

En el día no es un secreto. Había preferido el general San Martín para la organización política del Perú, el régimen de una monarquía constitucional. Había con este fin enviado a Europa una comisión compuesta de los señores García del Río y Paroissien, el primero, de Nueva Granada y el segundo, inglés, a solicitar un príncipe de la casa de Borbón para establecerlo en el trono del Perú. Si San Martín hubiera querido ser emperador (porque en este siglo es más de moda ser emperador que rey), habría durado más tiempo que Iturbide; pero nunca lo quiso, y mandó meter en la cárcel de Lima a unos cuantos que comenzaron a recoger firmas, pidiendo que se le proclamara del Perú.

Para que le coadyuvara Bolívar, o no hiciera oposición a este plan, se *encomendó* a Guayaquil, tan luego como supo su llegada a este pueblo. Parece que a Bolívar no le desagradó el plan en cuanto al fondo; pero sí, en cuanto a la dinastía, que causaría mucha alarma en las secciones americanas ver a un Borbón sentado en el trono de los incas. Si V. quiere colocarse en él, parece que le agregó, no le haré ninguna objeción, como no se la hice a Iturbide, *cuando me consultó antes de proclamarse emperador*. Sea que el general San Martín que haría con su insistencia planes personales de Bolívar; sea que le considerase un enemigo implacable de la casa de Borbón, el hecho fué, que no se tocó más esta materia; que ambos quedaron interiormente descontentos, y que San Martín desde esta conversación no pensó, sino en regresar al Perú, como lo verificó inmediatamente.

En honor de la verdad debe decirse, que la monarquía constitucional imaginada por San Martín era cien veces más liberal, que aquella superfetación republicana promulgada y jurada en Bolivia, en la que el presidente era vitalicio, y con el derecho de nombrar un sucesor: privilegio que no tiene el autócrata de toda la Rusia. Esta Constitución se planteó en Bolivia (el *caput mortum* de los ensayos de Bolívar) y en las sesiones preparatorias para el primer congreso peruano, estando en Lima Bolívar después de sus gloriosos triunfos, hubo diputado que insinuó la completa y liberal adopción de la Constitución boliviana en aquella reunión. No la mayoría, sino la casi totalidad de los diputados, rechazó escandalizada semejante proposición. Súpolo Bolívar inmediatamente, y disolvió el congreso constituyente antes de ser instalado. Fueron expatriados los que se creyeron cabeza de la resistencia, entre ellos el señor Luna Pizarro (hoy arzobispo de Lima), que vino a Chile y no volvió al Perú, hasta que dejó de dominar el partido de los vitalicios. Esta Constitución boliviana ha pasado desapercibida; pero llegará el tiempo en que sea el tema de serias discusiones y pongan en transparencia las ideas políticas de algunos personajes influyentes de la época.

FRANCISCO ANTONIO PINTO

